

CÓMO FACILITAR QUE NIÑOS Y NIÑAS SEAN MIEMBROS ACTIVOS EN EL ÁMBITO FAMILIAR Y EDUCATIVO

Por Fernanda Bocco y Nuria Comonte



Posiblemente, cuando pensamos en un niño o niña activo en la familia o en el aula, nos viene a la mente la imagen de una criatura de unos 3 o 4 años ayudando a poner la mesa, opinando sobre el menú semanal o recogiendo los juguetes que ha utilizado. Y aunque esa imagen tenga sentido, es apenas una instantánea en un proceso que es mucho más amplio y profundo, porque no tiene que ver con una acción. **Ser un miembro activo no es realizar tareas sino sentirse tenido en cuenta y formando parte en ese grupo humano.** Y eso empieza a ocurrir mucho antes de que un bebé pueda caminar o incluso hablar; inicia en el momento en que nace (podríamos aventurarnos a decir que inicia desde que es pensado e imaginado en la mente de su madre y de su padre).

Como adultas, la manera como podemos tenerles en cuenta es **poniendo palabras a su realidad y a sus necesidades**, e incluyendo esa información en la organización y rutina familiares. En un nivel más genérico, podemos elegir continuar nuestra vida social como era antes de que hubiera un recién-nacido en casa, o podemos adaptarnos a su ritmo y reducir la cantidad de personas que nos vienen a visitar, o poner atención en el exceso de ruido o de estímulos que hay en el ambiente, por ejemplo. En un nivel más particular, podemos observarle y percibir si prefiere el agua del baño más templada o más caliente, si la tela de alguna ropa parece producirle incómodo, o si le gusta que le cojas de esta manera o de aquella.

*Vamos construyendo ese lugar de miembro activo a través de esta **actitud atenta y amorosa** que inscribe al recién llegado en un circuito afectivo donde podrá, más adelante, ejercer activa y autónomamente.*

Para ello, es importante tener en cuenta que nuestra labor no será “conseguir” o “hacer” que los niños y niñas participen, sino **facilitar y proteger un proceso que es natural y consiste en desarrollarse como ser autónomo y contribuir al grupo que le rodea.** Es una necesidad vital cumplir con ese programa interior, que ocurre de dentro hacia fuera. Lo que aportamos, como madres, padres y docentes es crear contextos en los que eso se pueda dar de la manera más orgánica posible. Nada más, ¡pero nada menos!

LLEVANDO ESAS NOCIONES A LA PRÁCTICA

Nos ayuda si pensamos que esta conquista es un **continuum que se va dando de diferentes maneras a lo largo del desarrollo** de una criatura y de su vínculo con los adultos. No ocurre espontáneamente un día, cuando decidimos que “a partir de ahora serán miembros activos, tomarán decisiones y participarán”. Para que ese niño, esa niña pueda expresarse, previamente alguien ha tenido que reconocer y permitir esa expresión, y eso es lo que necesitan de nosotros como adultas. Tenemos que **invertirles como miembros participantes para que puedan llegar a serlo**.

Eso se concreta en lo cotidiano, en **la actitud con que nos posicionamos ante tres ejes fundamentales** que influyen en esa conquista del niño, de la niña, como miembro activo en su grupo de referencia.

EL CUERPO

Desde muy pronto, lo más frecuente es que nos relacionemos con el bebé en modo **cuerpo-objeto**: lo movemos de un sitio al otro, vestimos y desvestimos, bañamos, alimentamos, cambiamos el pañal... ¿En qué medida podemos dar espacio a un cuerpo sujeto, para que ese cuerpo desde muy pequeño se sienta tenido en cuenta?

1. **Comunicando previamente lo que haremos.** Podemos incluir el bebé en la narración sobre lo que está ocurriendo: “ahora te voy a limpiar”, “ahora te voy a coger en brazos”, “parece que tienes frío, te voy a abrigar”. Cuando eso ocurre, gradualmente ese bebé empieza a participar en la interacción con la persona que le cuida, ofreciendo una manita para poner esa manga primero, o abriendo la boca cuando sabe que viene la comida. Así, nos transmite su consentimiento sobre lo que le estamos haciendo; se siente seguro.
2. **Observando sus reacciones.** Esa interacción se va modulando todo el tiempo, cuando hay un adulto atento a lo que el bebé expresa. Quizás haya demasiado ruido cuando es el momento del descanso, o siente frío durante el cambio de pañal, o algún alimento parece no caerle del todo bien.



3. **Respetando los tiempos de maduración.** A veces los adultos, movidos por nuestro deseo personal, o por miedo a que haya algún problema, queremos que se sienten antes de tiempo, o que hablen a determinada edad, o que se quiten los pañales antes de los tres años. Pero sus adquisiciones responden a un proceso fisiológico que, por suerte, no se pauta por nuestras expectativas, sino que se guía únicamente por el momento madurativo (nervioso, motor) de esa criatura. Así, ser conscientes de que podrá hacer cada cosa a su tiempo nos coloca en una actitud de respeto y espera que es tremendamente beneficiosa para que el desarrollo siga su curso.
4. **Permitiendo la autonomía.** Hay muchas cosas que los niños y las niñas pueden hacer desde muy temprana edad: coger la cuchara con su propia mano, subir y bajar un escalón, poner o quitar el abrigo... Cuando lo hacemos en su lugar, de alguna manera transmitimos que no son capaces de hacerlo, influyendo tanto en su desarrollo motor como privándoles de la sensación de alegría y confianza que surge cuando consiguen realizar esas pequeñas hazañas.
5. **Respetando las decisiones respecto a su propio cuerpo.** Evidentemente hay cosas que no podemos dejar que una niña de dos años elija, como si se pone guantes para ir a la nieve. Pero sí puede elegir la camiseta o pantalón que se quiere poner, o la fruta que prefiere para la merienda.
6. **No obligando a dar o recibir besos, abrazos...** Estamos muy acostumbrados a expresar la afectividad con esas acciones, pero no siempre es algo respetuoso. A veces, por cumplir con una etiqueta social, hacemos que niños y niñas den besos o abrazos cuando no ha surgido de ellos espontáneamente, incluso cuando no quieren hacerlo. También permitimos que otras personas les besen o abracen cuando parece que no quieren o que no les gusta. El cuerpo es un espacio íntimo, y la manera de expresar afecto también lo es, ¿por qué nos damos el derecho de decidir a ese nivel sobre un cuerpo que no es el nuestro?

¡Necesitamos experimentar estar a gusto en nuestro propio cuerpo primero para, luego, estar a gusto en un grupo!

Además, ¿nos hemos planteado el efecto que tiene habitar un cuerpo disociado, intervenido, que debe ajustarse a lo que se espera de él para, entonces sí, pertenecer? Cuántos abusos estamos enseñándoles a tolerar desde ese lugar, si todas las experiencias previas indican que otro puede decidir y manipular su cuerpo...

LAS ACTIVIDADES

Las criaturas pueden sentirse un miembro activo cuando **el entorno les permite hacer lo que quieren, pueden y necesitan hacer** en cada momento, en profunda conexión interior. Los humanos tenemos un diseño innato que nos impulsa a ello, a encontrar qué actividades reúnen esas tres condiciones para poder cumplir con nuestro programa de desarrollo. Para ello, podemos:

1. **Respetar la actividad autónoma.** Las actividades espontáneas, como el movimiento y el juego, son grandes herramientas para la conquista de si mismo y del espacio. Son el mecanismo natural para todo aprendizaje y, por lo tanto, ¡son sagradas! Podemos organizar el espacio para que eso se pueda dar, ofreciendo elementos que contribuyan a aquello que necesita según su etapa de desarrollo y sus intereses personales.
2. **No distraerlos.** En continuidad con lo anterior, a veces pensamos que es mejor, o que "aprenderá más" si les ofrecemos algo distinto a lo que han elegido. Así, cuando está concentrado mirando un insecto, le mostramos un coche que está pasando, o si está entregado a mirar un libro, le ponemos al teléfono con la abuela. Cotidianamente, vamos interrumpiendo ese impulso vital que le mueve a realizar aquello que necesita para desarrollarse en cada momento.
3. **Observar sus preferencias.** Si nuestro hijo, hija, muestra claro interés por jugar con piedras y palos, no intentemos convencerlo de que es mejor el kit de exploradores que le regaló la tía con cariño. Si su muñeca preferida es vieja y está algo rota, podemos ayudarle a mantenerla en buenas condiciones, pero no sustituirla por una nueva que le damos en su cumpleaños. Son pequeños detalles que podemos entrenarnos a mirar para transmitir, con hechos concretos, que le estamos viendo y que acogemos aquello lo que nos trae.

Cuando entendemos las actividades desde este lugar, contribuimos a que cada criatura mantenga la conexión con aquello que hace y, sobre todo, consigo misma. Así, hay una coherencia entre aquello que siente y hace, y la acogida y apoyo de su madre, padre, docente, ante eso que hace.



LAS RELACIONES

Recordemos que estamos viendo cómo concretar en el día a día pasos que consoliden el ser miembro activo desde nuestro acompañamiento, que más adelante se traducirá en sus propias acciones. Entonces, ¿cómo podemos tener en cuenta al niño, a la niña, en la dimensión relacional?

1. **Dejando que decida con quién quiere jugar.** ¿Cuántas veces somos nosotros quienes decidimos, por afinidad con otros adultos, con qué "amigo" quedará esa tarde? Evidentemente, habrá momentos que sean de fuerza mayor y tenemos que pedir ayuda a alguien para cuidarles un momento, y en ese caso no podrán elegir con quién desean estar. Pero en el día a día, en esa agenda semanal que a veces organizamos sin consultarles, seguramente podemos escucharles con más atención.
2. **Dejando que decida con quién NO quiere jugar, o estar.** Parece lo mismo que lo anterior, pero es más profundo aún. A veces, una criatura tiene claro que no quiere estar con un niño en particular, o con un adulto en concreto, y es posible que no entendamos por qué es así. Pero es fundamental respetar absolutamente eso que posiblemente sea una protección ante algo que le hace seguir inseguro o incómodo. Podemos ahondar para ver si ha ocurrido algo en particular, sin presionar; es posible que sea temporal y luego cambie, pero también es posible que sean señales de alerta que debemos atender.
3. **No obligando a compartir.** En este ámbito relacional, también se incluyen los objetos personales, como ropas o juguetes, porque son una continuidad de su propio cuerpo y cuando muy pequeños aún no están preparados para dejar ese coche, o el cubo, o el jersey, a otras personas. Cuando forzamos que presten algo, generamos una vivencia de impotencia, dolor, tristeza, a veces de rabia, porque estamos pasando por encima de su capacidad en ese momento para soltar algo que considera muy suyo, íntimo e intransferible.

*Cuanta más seguridad sientan en la dimensión relacional, sin todas esas presiones sociales, **más relajados y tranquilos podrán estar con sus iguales**, en vez de vivirlos como una amenaza de la que deben protegerse. Se sentirán, de hecho, como un miembro importante de su familia, de su clase.*

LA COMUNICACIÓN: PILAR DE LA RELACIÓN RESPECTUOSA

Podríamos decir que **la comunicación, que va mucho más allá del lenguaje,** es uno de los pilares fundamentales sobre los que se sostiene esta relación con la infancia. Como seres humanos, la manera en la que hablamos, las palabras que elegimos o el tono de nuestra voz influyen, incluso determinan, el tipo de relaciones que construimos.

Es más, con los niños y niñas este aspecto no verbal de la comunicación es aún más evidente, más importante. Cuanto más pequeños son, están aún más receptivos a la información que les llega a través de los gestos, la postura o el tono de voz. Las personas adultas solemos estar la mayor parte del tiempo en “nuestra cabeza”, en lo cognitivo, pero ellos están sobre todo del cuello hacia abajo, más situados en el cuerpo, en la emoción. Por eso son mucho más sensibles a todo aquello que expresamos sin palabras. Podríamos decir, usando una analogía, que niños y adultos estamos “transmitiendo por canales diferentes”, como si cada uno sintonizara una emisora de radio distinta: nosotros en FM, desde nuestra cabeza, nuestra parte racional, y ellos en AM, desde la emoción, el cuerpo.

Lo más habitual es que les pidamos que se adapten a nosotras, a nuestra manera de entender el mundo: que nos expliquen, nos digan los motivos, “razonen” sobre lo que ha pasado... pero **la invitación que hacemos desde La Semilla Violeta es, precisamente, a que podamos, cada vez más, oír la voz de la infancia, darles voz.** Oír qué quieren decirnos. No qué esperamos que nos digan, qué creemos que me van a decir, sino qué me están diciendo, qué mensaje me quiere hacer llegar este niño, esta niña.

*Se trata de **estar a la escucha**, que es mucho más que oírlos: es tratar de sintonizar su frecuencia, intentar entrar en resonancia con ellos, incluso, abrirnos a percibir lo que hay detrás de sus palabras, de sus acciones.*



Esta capacidad de la persona adulta para estar a la escucha del niño, de la niña, le hará sentirse visto y reconocido por él. Si esto se convierte en su vivencia cotidiana, tendrán incorporado que lo que van a decir, a decirnos, tiene un espacio, recibe atención, es atendido. Si un niño no vive esto de manera cotidiana será muy difícil que después sienta que su opinión va a ser tenida en cuenta y lo más frecuente es que se abstengan de opinar o que, si lo hacen, lo hagan desde el enfado, la rabia, la frustración acumuladas por el tiempo en que no los hemos escuchado.

¿QUÉ TENER EN CUENTA AL HABLARLES?

1. **Ajustar nuestro lenguaje** a la capacidad de comprensión de los niños y niñas: no podemos hablar del mismo modo a un bebé que a una niña de 6 años. Eso no significa, en ningún caso, que debemos hablarles como si no nos comprendieran, utilizando siempre diminutivos u onomatopeyas.
2. **Evitar los juicios, las etiquetas:** evitar situarlos en esos estrechos márgenes: "eres un descuidado, una llorona, un pesado...". Estos mensajes para los niños son demolidores, porque ellos se construyen a través de la imagen que les transmitimos de sí mismos. "Si papá o mamá me dicen que soy un desobediente, será que lo soy". Y suelen, además, actuar en consecuencia.
3. **Referirnos más a hechos concretos:** en lugar de las etiquetas, podemos utilizar la descripción, lo más objetiva posible, de lo que observamos. Por ejemplo, podemos sustituir el "eres una desordenada" por "veo que has dejado tus cosas aquí en el suelo". O "eres un desastre" por "se te ha caído esto al suelo".
4. **Evitar los "mensajes tú" y utilizar más los "mensajes yo":** esto tiene que ver con hacernos cargo de nuestra responsabilidad como personas adultas. Por ejemplo, cuando hay una situación relacionada con un límite, podemos decir al niño "no te dejo que le pegues" y soy la responsable de sostener ese límite, de hacer que se mantenga.
5. **Ponernos a su altura,** sobre todo en los momentos relevantes. Esto transmite la sensación al niño/a de que es alguien importante para nosotros. "Me importas tanto que me sitúo aquí, a tu altura".
6. **Cuidar nuestro lenguaje no verbal:** tratar de que nuestros gestos, nuestro tono de voz transmitan calidez, acogida.

LAS EMOCIONES: UN MOMENTO ESPECIAL PARA LA ESCUCHA

Posiblemente, los momentos en los que aparece alguna emoción intensa (un llanto, un enfado, frustración, rabia...) sea más complicado estar abiertos y receptivos para escuchar a los niños y niñas. ¿Por qué? Resumiendo mucho podríamos decir que:

Las emociones que más nos cuesta ver en los niños, son las que más nos cuesta aceptar en nosotras mismas.

Por eso, intentamos distraer ("Uy, ¿has visto ese gatito que pasa por ahí?"), tratar de que acabe cuanto antes ("ya está, ya está. Ya pasó") o hacer como si no ocurriera ("eso no ha sido nada"); pero no nos engañemos: no es por ellos, es por nosotros.

Ser madre, padre o maestra, es una **oportunidad única** para atrevernos a asomarnos a nuestro mundo emocional, con compasión y ternura. Ofreciéndoles ese acompañamiento respetuoso a las criaturas iniciamos un camino de reconciliación, también, con nuestra propia vivencia de las emociones.

Por eso, en primer lugar, podríamos **tratar de evitar** nuestro primer impulso, nuestra inercia. Esto ya será un verdadero reto, pero estamos seguras de que, poco a poco, irás consiguiéndolo. Y cuando no sea así recuerda seguir tratándote con comprensión y paciencia: llevamos toda nuestra vida haciéndolo de cierta manera y ahora estamos descubriendo otras. Es cuestión de tiempo.

La propuesta que hacemos desde La Semilla Violeta es que trates de **acoger esa emoción**, hacerle espacio. Quedarnos al lado de ese niño que llora, presentes y disponibles. Después de una fase en la intensidad va creciendo, después disminuirá, hasta desaparecer por completo, y esa criatura tendrá la experiencia de que, incluso cuando peor se siente, sigue siendo aceptado.



LOS LÍMITES: REQUISITO PARA LA COMUNICACIÓN RESPETUOSA

Ahora bien, darle voz a los niños y niñas no significa que debamos aceptar que nos puedan decir cualquier cosa, de cualquier manera. De la mano de esta escucha están los **límites**, las referencias, que les ofrecemos cuando son necesarias.

Un ejemplo para ilustrarlo podría ser este: imaginemos un niño/a de unos 4-5 años está haciendo una torre con unos bloques de madera. Lleva mucho tiempo construyéndola y le ha costado mucho llegar tan alto. Imagina que pasas cerca y, por casualidad, la torre se cae. No se sabe quién la ha tirado, quizá haya sido algo fortuito, pero el niño piensa que has sido tú y empieza a decirte: "¡has tirado mi torre! ¡eres una tonta!", en ningún caso voy a permitirle que me hable así. Puedo entender y acoger su emoción: "veo que estás muy enfadada/o porque se ha caído la torre, te había costado mucho esfuerzo hacerla... pero no quiero que me hables de esa manera. No quiero que me hables así". Eso transmite un doble mensaje: por un lado, la aceptación de la emoción del niño, de quien el niño es (eso nunca debería estar en juego) y un límite a una conducta muy concreta porque no quiero que me trate de esa manera. Los límites, y, más aún, las normas y referencias, son una oportunidad para estar a la escucha no solo de los niños y niñas, sino también, de nuestras propias necesidades.

Sentirnos mirados, acogidos, escuchados, ser respetados en nuestra autonomía e impulso, nos permitirá vivirnos como seres capaces, con algo que decir y que nuestro mensaje va a ser recibido por el mundo, puede impactar en él.

DE LO PERSONAL A LO COMUNITARIO

Como podemos ver, hay muchas cosas que podemos incorporar en nuestro acompañamiento a la infancia para que se sientan, desde la vivencia, queridos e incluidos como miembros activos en la familia, en la escuela. **Sólo cuando hayan experimentado todos esos aspectos en su cuerpo, en las actividades que desarrollan y en las relaciones, podrán empezar a llevarlo al entorno familiar y, luego, comunitario.**

En casa, según van creciendo podrán decidir cómo quieren organizar los cajones de la ropa, o sus juguetes; participarán en la organización y limpieza de su habitación o de otros espacios domésticos. En la escuela, ayudarán a conservar y recoger los materiales, podrán tomar pequeñas decisiones respecto al espacio, y así lentamente se irá consolidando ese diálogo en el que su voz tiene entidad propia, igual que la voz de los demás. La vivencia repetida en el tiempo de ser tenido en cuenta lleva a un profundo deseo de contribuir con ese grupo al que pertenecemos.

Este diálogo no se inicia cuando las criaturas pueden hablar, como hemos dicho previamente, sino que **se inicia a partir de la escucha atenta** de las adultas y adultos que les rodean. Entonces, ser un miembro activo no es un punto de llegada, un objetivo a perseguir, ¡es un punto de partida! Partimos de ese lugar de escucha, lo plasmamos en nuestra actitud cotidiana hacia ese bebé, y esa confianza es la que construye **un vínculo donde hay espacio para que, ambos, nos sintamos formando parte de un todo más amplio.** Si, por el contrario, en el día a día intervenimos en el sentido de interrumpir y disociar la vivencia interna de esa criatura (con su cuerpo, con aquello que hace y con las relaciones interpersonales) con aquello que yo, como adulta, quiero, espero, creo que debería... todo este proceso se ve bastante dificultado.

*Sólo es posible avanzar en el continuum de hacerse miembro activo cuando hay una **continuidad en la experiencia directa de ser miembro activo.***



Entonces si, en la adolescencia, podrán actuar como miembros activos tal y como lo solemos entender: jóvenes que sepan proponer y cumplir acuerdos, que tengan la capacidad de tomar decisiones, que expresen sus emociones y sus preferencias, que tengan en cuenta a los demás, que asuman sus tareas y sean responsables... Y lo llevarán más allá del ámbito familiar o educativo, hacia sus amistades, relaciones laborales, a la comunidad como un todo. Pero todo eso se inicia mucho antes, es mucho más pequeño, más sutil, y empieza por ti.

